

Beatriz de Nazareth (1200-1268) ***Su persona, su obra.***

Liliana Schiano Moriello, ocsa.

Introducción.

Estamos al comienzo no ya de un nuevo siglo, sino de un nuevo milenio; se ha hablado de un cambio real de época en la Historia. Como cristianos celebramos, con un jubileo de reconciliación, los 2000 años del nacimiento de Jesucristo, Príncipe de la Paz. El mundo, lacerado por las guerras, grita a la Paz, nuestros corazones, en lo más profundo de nuestro mismo ser, anhelan la unificación de la humanidad despedazada. Los cistercienses celebramos juntamente otro aniversario: el octavo centenario del nacimiento de una de las más grandes de nuestras madres, Beatriz de Nazareth. También ella nace al comienzo de un siglo, que es un verdadero cambio de época. De su tiempo ha sabido ser plenamente hija, y de este tiempo ha sido uno de los frutos más bellos.

Queremos volver la mirada hacia ella, para arrebatárle su secreto, él que, por otra parte, casi a gritos, nos anuncia en su obra y que es el mismo que nos entregaron nuestros padres. Si queremos volver a comprendernos a nosotros mismos como criaturas del Creador y reencontrarnos unificados con nosotros, el mundo y Dios, debemos recorrer entera la aventura del amor de Dios, con las leyes que ella dicta; debemos apostar todas las energías de nuestra vida sobre una certeza suprema y ontológica: somos hijos del Amor.

A. El contexto.

Beatriz nace y vive en Bélgica al comienzo del siglo XIII, desarrollando y reexpresando el patrimonio en un medio ambiente histórico totalmente diferente al de los comienzos del Císter. El acercamiento a su persona no es inmediatamente fácil para cuantos estamos acostumbrados a relacionarnos más bien con nuestros padres del siglo XII. Trataremos, entonces, de situarla primeramente en su contexto, para poder entenderla mejor en la complejidad y profundidad de su persona y su obra.

Me parece que son tres los elementos principales a subrayar. Con Beatriz nos encontramos exactamente al comienzo del 1200, en los Países Bajos, con el llamado movimiento religioso femenino o de *Mulieres religiosae*.

1. El siglo XIII¹.

Bastará simplemente con nombrar las modificaciones profundas que presenta este siglo:

¹ cf. "El siglo XIII, una nueva edad", en Evangelista Vilanova *Historia de la teología cristiana I*, Ed. Herder, Barcelona, 1987, pp. 654-701.

* en el orden social, con el desplazamiento del eje de la vida económica desde las grandes explotaciones rurales a las ciudades en plena expansión y el considerable crecimiento demográfico, que dan vida a un nuevo espíritu de asociación en todos los ámbitos (asistimos, por ejemplo, al surgir del *comune* en la vida política). El desarrollo del comercio y la afirmación de los valores sociales origina el acercamiento y la interacción de los grupos humanos y las civilizaciones.

* en el orden cultural, con el nacimiento de las escuelas urbanas y las universidades, que se abren a la ciencia griega y a la filosofía de Aristóteles, por la viva curiosidad que mueve a estas generaciones, que se asoman a un mundo nuevamente abierto.

* en la vida de la Iglesia, la pobreza será el símbolo eficaz de una ruptura que es, como en toda reforma profunda, retorno al evangelio. El surgir de las nuevas órdenes de los Menores y los Predicadores es uno de los frutos de esta renovación, que busca también su novedad de expresión en el uso de las lenguas vulgares, en lugar del latín.

2. Los Países Bajos.

Es una región con características específicas en el campo del arte, de la cultura, de la vida socio-económica, y de la cual podemos decir que posee una espiritualidad propia. Intentaremos entrar en ella brevemente².

Las primeras experiencias monásticas en los Países Bajos fueron probablemente anacoréticas, suscitadas por la lectura de la *Vita Antonii*. La vida eremítica fue tenida en alta estima y la fe popular la consideró siempre un beneficio y casi una necesidad. Ya desde el siglo VII nos encontramos con la presencia femenina como, por ejemplo, en la persona de santa Landrade (+ hacia el 690), ermitaña en el bosque de Munsterlbizen, y santa Ode (+ hacia el 726), reclusa en Eerschot sur le Dommel.

La vida cenobítica será promovida por santos obispos, inspirándose en la piedad columbana y la Regla de san Benito. Se debe probablemente a la iniciativa del obispo san Amand (+ después del 675) la fundación del primer monasterio femenino en Nivelles (entre el 640 y 652). La vida de oración de muchos santos y santas presenta desde el principio características claramente contemplativas, que ponen el acento sobre la devoción a Cristo (la Eucaristía, las Santas Llagas). Entre las santas recordamos a Gertrudis de Nivelles (+ en el 659) y Aldegonde de Maubeuge (+ en el 684). Aldegonde nos transmite, en sus visiones, el primer testimonio de aquella mística nupcial que se desarrollará ampliamente más tarde.

Desde el momento en que, por la reforma de san Benito de Aniano, la Regla benedictina llega a ser la única regla para todos los monjes del imperio carolingio, hay un nuevo enriquecimiento de la espiritualidad monástica. A las prácticas fundamentales del trabajo manual y el *Opus Dei* se añade la de la oración personal, vivida por medio de ejercicios que apuntan a solidificar el carácter contemplativo de la vida monástica. Particularmente a través de los libros litúrgicos de los monasterios podemos penetrar en las características específicas de su espiritualidad, que se centra totalmente en la meditación de los sufrimientos y la muerte de Cristo. Encontramos una prueba de tal piedad cristocéntrica en la veneración de las reliquias, no solamente de fragmentos de la santa Cruz, sino también de cualquier otro objeto que haya tenido relación más o menos estrecha con la persona de Cristo y los lugares de su existencia en la tierra. Todavía un elemento a subrayar en el ámbito litúrgico es el culto al misterio de la Santísima Trinidad. Es en Lieja, al comienzo del siglo X, donde por primera vez el obispo Esteban, que tenía fuertes relaciones con el monacato, al ser responsable de dos monasterios benedictinos, decidió la celebración de una fiesta especial en honor de la Trinidad. Esta pasará al calendario universal de la Iglesia solamente más tarde, con el apoyo de Cluny.

El año mil marca, para la Europa cristiana, el comienzo de una profunda evolución interior y espiritual. Asistimos a la gran aventura de las cruzadas. Para muchos caballeros es la ocasión de una conversión personal mediante una apelación a entrar en religión en una orden militar. Las órdenes de

² cf. Henri Van Cranenburgh, Paul Verdeyen, art. "Pays-Bas", en *Dictionnaire de Spiritualité* 12 (1984) col. 705-718.

los Joanistas y de los Templarios acogen la mayor parte de los caballeros originarios de los Países Bajos. Seguramente, algunos de los que volvían podían hablar de los lugares en los cuales el Señor Jesús había nacido y vivido su vida en la tierra. De esta manera, las cruzadas ejercían su influjo también sobre la piedad popular. Otro aspecto de la época es el enorme florecimiento de vocaciones religiosas femeninas que encontrarán acogida en nuevas órdenes (como Citeaux), o en nuevos movimientos (como las beguinas). En este medio ambiente se desarrollará la devoción a la humanidad de Cristo, sobre todo a su Pasión. Esta devoción, junto con la nueva sensibilidad religiosa que la acompaña, tomará en los Países Bajos particulares formas extáticas que no dejan de impactar a los extranjeros que visitan la región. En cuanto a la vida monástica benedictina, varias reformas asomarán, en la tentativa de sanear el relajamiento general de la observancia, al interior de los monasterios. Se tendrán en alta estima las personas favorecidas con gracias místicas especiales.

Los cistercienses conocerán una gran expansión en los Países Bajos, ya desde el siglo XII. La primera abadía será Orval, en 1132 y, en el espacio de cuarenta años, verán la luz diez casas masculinas. Los monjes de Claraval llegan a Villers, en el Brabante, en el tiempo Pascual del año 1146. El año siguiente, 1147, otros monjes de Claraval llegan a Aulne. Estas dos comunidades serán las más fecundas en el campo de la literatura hagiográfica del siglo XIII. Junto con las abadías de Dunes y Cambron son los verdaderos baluartes de la espiritualidad bernardina en los Países Bajos. Sus bibliotecas poseían las obras más importantes de San Bernardo, así como las de Guillermo de Saint-Thierry, originario de Lieja. La primera abadía femenina será Herkenrode en 1182, seguida por un florecimiento excepcional de monasterios. En el siglo XIII surgirán alrededor de cincuenta abadías femeninas en el territorio de Flandes, Brabante y en el principado eclesiástico de Lieja. La rigurosa ascesis cisterciense, unida a la piedad afectiva del ambiente belga, producirá grandes frutos de santidad, tanto en las comunidades masculinas como en las femeninas.

Finalmente, intentando sintetizar, podríamos decir que el retorno de determinados rasgos fundamentales constituye una peculiaridad de la espiritualidad de los Países Bajos. La relación íntima y personal con Cristo, la devoción a su Pasión, los desposorios místicos, la mística trinitaria, la piedad eucarística, el desarrollo de la vida de oración, la alta estima por las experiencias extáticas y visionarias hacen el alma de la mística flamenca, y, en todo ello, reconocemos bien el contenido de la vida de nuestra misma Beatriz.

3. El movimiento femenino.

Alcanza en Europa, su máximo desarrollo en los años 1180-1270. La denominación de estas mujeres -*Mulieres religiosae*- viene del medioevo, y podemos considerarla, de hecho, un término general que designa tres formas de vida: la de las monjas, de las beguinas³ y de las reclusas. Cada uno de estos grupos tiene su forma propia de vida, pero con profundas relaciones históricas y muchísimos elementos que las unen entre ellas. El movimiento se caracteriza principalmente por: la virginidad, la sobriedad ascética, el interés en el conocimiento de uno mismo, la experiencia espiritual extática y visionaria. Otras dos verdaderas "revoluciones" lo han precedido y preparado:

* La primera, la ideología del "amor cortés". En el sur de Francia los trovadores concederán a la mujer un puesto central. Cantarán el "fin' amors": el gozo, la reciprocidad del amor, el amor desde lejos, creando así una nueva concepción de las relaciones entre el hombre y la mujer, que no se basan ya en la posesión debida a un contrato estipulado, sino en la gratuidad del amor, que encuentra su gozo precisamente en no poseer al otro. Solamente la distancia y el desinterés pueden mantener vivo el deseo. La dignidad de la mujer y el lenguaje del amor vuelven a ser elementos llenos de fascinación, en la cultura europea.

³ Se escriben sobre el movimiento beguinal muchas cosas sumamente imprecisas. Debido a nuestro espacio limitado, reenviamos a los óptimos artículos: J. Van Mierlo, "Béguins, béguines, béguinages", en *Dictionnaire de Spiritualité* 1 (1937) col. 1341-1352; A. Mens, "Beghine, Begardi, Beghinaggi", en *Dizionario degli Istituti di Perfezione* 1 (1974) col. 1156-1180.

* La segunda, la revolución de orden religioso, que ya hemos nombrado. El renovado ideal de pobreza y vida evangélica inspira grupos de importancia cada vez mayor en la vida de la Iglesia. Mientras en el siglo XII tuvo un carácter más bien de reforma, en el siglo XIII tenderá a innovar, subrayando ideales de simplificación y libertad. En el movimiento laical que se ha producido, debido principalmente al vivo desenvolvimiento de la civilización urbana y a las cruzadas, hay que subrayar, como ya vimos, la fuerte participación del mundo femenino. Ahora son las mujeres quienes juegan un papel de primer plano. Desde el tiempo de la vida pública de Jesús es la primera vez que esto se produce en la historia del Cristianismo. Ellas defienden el ideal de pobreza evangélica con sus palabras, obras y escritos. El campo de la literatura espiritual, que había pertenecido hasta entonces exclusivamente a la literatura latina del clero, se encuentra ahora ampliamente en manos femeninas. Para dar a conocer su intensa relación de amor con Dios, desarrollan nuevas formas de expresión religiosa, buscando, en su lenguaje popular, el vocabulario adecuado. Esta es precisamente la tarea histórica de estas mujeres, que han ofrecido sus cuerpos, sus almas, sus vidas para responder a la iniciativa de Dios, que depositaba en ellas, la inmediatez, la intuición, la generosidad femenina, necesarias para realizar la profunda evolución de la humanidad, que debía acontecer en su propio tiempo. Para concluir, escuchamos sobre ellas el testimonio, tan cálido cuanto esclarecedor, de J.-B.M. Porion:

"Un Espíritu sopla, de fervor y rejuvenecimiento, que quiebra las convenciones y busca lo inmediato, lo real, en muchos ámbitos... La llama de la Minnemystik quiere abrazar todo el horizonte del ser, abarcar los extremos, sin descuidar las etapas... Hemos mencionado la devoción a la Eucaristía, y también la experiencia de una comunión regalada a la persona favorecida por el mismo Cristo. La huida del mundo, la búsqueda de la soledad orante y penitente, aspectos clásicos de la vocación a la santidad, no faltan absolutamente en nuestras monjas y beguinas, que, al mismo tiempo, manifiestan también su fervor a través de signos insólitos, escriben y predicán desde la abundancia de su corazón. Pero lo más digno de consideración queda aquello que ya hemos señalado en nuestras autoras: la orientación interior, el ímpetu que empuja el alma a ir más allá de sí misma para perderse en la simplicidad del Ser Divino, distingue aquellas de entre nuestras santas cuyo rostro está mejor perfilado por los documentos y los testimonios. Marie d'Oignies, Lutgarde de Tongres, Yvette de Huy, Béatrice y Haedewijch hunden la mirada en la Esencia divina, testimoniando que ella es visible al ojo interior, si este reencuentra su desnudez originaria. Es a causa de este testimonio que su nombre debe ser recordado y transmitida su voz: audaces bienaventuradas que nos recuerdan porque hemos nacido"⁴.

Valga para aclarar aún más la breve panorámica ofrecida, que sitúa a Beatriz en su contexto, una cita de Simone Roisin:

"El movimiento místico en nuestras provincias aparece como un todo inmenso y complejo del cual el centro es la piedad beguinal, hecha de las aspiraciones más profundas de las almas - pobreza, continencia, culto eucarístico, deseo de gracias extraordinarias - en la cual llegan a fundirse todos los matices particulares de las diferentes órdenes monásticas. Nuestra encuesta sobre cistercienses y mujeres piadosas del siglo XIII... ha revelado la interacción profunda de dos corrientes de piedad: la herencia bernardina y la mística femenina"⁵.

4 Traducido de: J.-B. M. Porion, *Hadewijch: Lettres Spirituelles Béatrice de Nazareth Sept Degrés d'Amour*, (Genève: Claude Martingay, 1972), pag. 54.

5 Traducido de: "L'efflorescence cistercienne et le courant féminin de piété au XIII siècle", RHE 39 (1943) 342-278.

De esta interacción profunda Beatriz es uno de los ejemplos más límpidos. De Bernardo recibe y reformula⁶ la plenitud de la doctrina. De la mística femenina acoge enteramente el desafío: quiere, por decirlo con sus mismas palabras, al final de la séptima manera de amor:

la unión más estrecha y el estado más alto, donde el alma se entrega a la unión más íntima.

B. La persona.

1. La Vita Beatricis.

Para conocer a Beatriz poseemos un documento de valor indiscutible, la *Vita Beatricis*, redactado en latín por el confesor cisterciense del monasterio de Nazareth, que, aún sin contactarla personalmente, debió de ser su contemporáneo y escribió poco tiempo después de su muerte. Es la primera vez que en la literatura hagiográfica del siglo XIII nos encontramos con una obra basada sobre un documento autobiográfico. En efecto, el biógrafo escribe utilizando un diario de vida de la misma Beatriz, que llega por lo menos hasta el año 1236, más los recuerdos de sus hermanas de religión y, de entre ellas, su misma hermana Cristina, que, después de su muerte, le sucede en el cargo de segunda superiora en Nazareth.

Lamentablemente el autor está traduciendo del medio neerlandés al latín y, él mismo lo confiesa, adapta, sintetiza, añade consideraciones moralizantes para hacer simple para los simples⁷ el contenido altamente extraordinario y místico de la experiencia de vida que tiene entre manos. Perdemos así la originalidad del estilo y, quizás junto con esto, un poco la del pensamiento de Beatriz, tal cual ella nos lo habría transmitido de su propia pluma, y poseemos, al mismo tiempo, un documento único no sólo para conocerla, sino también para poder entender y penetrar la pequeña obra original que de ella nos queda: "*Las siete maneras del santo amor de Dios*", que encuentra su perfecta correspondencia en la *Vita*.

Esta última está dividida en tres libros, siguiendo uno de los esquemas clásicos de la hagiografía, él de las tres etapas de la vida espiritual: principiantes, adelantados y perfectos. En el segundo libro el autor inserta, presentándola bajo la forma de experiencia personal de Beatriz, la síntesis de los que pueden haber sido unos pequeños tratados y composiciones alegóricas sobre varios aspectos de la vida espiritual, probablemente a partir de sus mismas instrucciones a las novicias o a la comunidad. De algunos de los mismos títulos de los capítulos se desprende la doctrina plenamente tradicional de nuestra *perfectissime monialis*⁸, cuya experiencia de la más alta vida mística va siempre de la mano con una observancia monástica intachable. Citamos por ejemplo:

*El uso del tiempo.*⁹

⁶ cf. Michael Casey, "Beatrice of Nazareth (1200-1268) Cistercian Mystic" *Tyurunga* 50 (1996) 44-70. Traducimos, desde la conclusión, en las pag. 69-70: "Encontramos en Beatriz, la cisterciense, una mujer con extraordinarios dones espirituales y literarios, quien es, quizás, la más sorprendente continuadora de los gigantes del siglo XII. Su obra, sin embargo, no es una mera repetición, ni mucho menos un plagio. Su obra es un genuino desarrollo, que conduce la doctrina cisterciense del siglo XII a través de las barreras del tiempo, cultura y género literario, y ofrece algo nuevo -creatividad y expresión- personal y hace que sea algo relevante para otra generación".

⁷ *Vita Prologus*, 3: *simplicibus simplex texens eloquium*. Las citas latinas de la Vida están tomadas de: R. De Ganck, *The Life of Beatrice of Nazareth* (CF 50), (Kalamazoo, Cistercian Publications, 1991).

⁸ *Vita Prologus*, 2.

⁹ *Vita* 2,2: *De frequentatione et exercitio temporis* (tratado sobre como todos los instantes de la vida deben ser aprovechados para el progreso espiritual).

*El triple ejercicio de nuestros afectos espirituales.*¹⁰

*Las dos celdas del corazón.*¹¹

*Los cinco espejos del corazón.*¹²

*El monasterio espiritual en el corazón.*¹³

*El jardín fértil del corazón.*¹⁴

En el capítulo X del libro segundo, en donde Beatriz está deseando, finalmente, un conocimiento perfecto de sí misma, encontramos una bella descripción de los dones de la gracia y de la naturaleza¹⁵, de los cuales medita el buen o mal uso que ha hecho. Vislumbramos así algo de la antropología que está en la base de su confianza sobre el hombre, optimismo plenamente cisterciense, que la conduce hasta las cumbres más elevadas de la unión con Dios.

El libro tercero, que contiene una adaptación del tratado de las siete maneras del amor, termina con un capítulo sobre la caridad fraterna y un retrato de Beatriz, que ha alcanzado la total armonía de su ser con hombres y criaturas, en el ejercicio de una entrañable compasión para con todos.

¿Qué debemos restar a esta obra, que responde a un esquema predeterminado y cuyo fin principal es edificar al lector, como toda hagiografía del tiempo? Ella nos entrega los datos principales de la vida de Beatriz, revelando al unísono tiempo los rasgos característicos del material usado por el autor, que es un diario de vida personal, más que una descripción de hechos concretos.

2. La historia.

Beatriz nace en la primavera del año 1200, en Tirlemont (Tienen - diócesis de Lieja), en el Brabante belga, exactamente antes de Pascua, última de los seis hijos de Gertrudis y Bartolomé.

La familia de Beatriz es la digna cuna de aquella que, en los designios de Dios, está llamada a ser una de las más grandes místicas de todo tiempo y todo lugar. Su madre, modelo luminoso de piedad, caridad y virtud doméstica, intuye en el alma de su benjamina la atracción, desde la más tierna edad, por las cosas de Dios, y la introduce en el ejercicio de la virtud y en el estudio. Con sólo cinco años Beatriz conocerá de memoria el salterio entero. Al elogio de su padre, "*hombre venerable*" que todo ha recibido y devuelto a Dios en una vida de servicio ejemplar, está consagrado todo el primer capítulo del libro primero¹⁶ de la *Vita*. Los hijos serán todos religiosos, el primero premostratense en el monasterio de Averbode, la segunda cisterciense en el monasterio de la Ramée, cerca de Nivelles. Los otros cuatro hijos acompañarán al padre, sucesivamente, en los monasterios cistercienses que él mismo ayudará a fundar.

10 *Vita 2,3: De triplici exercitio spiritualium affectionum* (tratado sobre la penitencia, la acción de gracias, la obediencia de amor).

11 *Vita 2,5: De duabus cellis quas in corde suo constituit* (alegoría sobre el conocimiento de sí mismo en los aspectos positivos y negativos de la persona).

12 *Vita 2,6: De quinque speculis cordis sui* (alegoría sobre un conocimiento más pleno de sí mismo, hasta descubrir el rostro del hombre interior y alcanzar la humildad).

13 *Vita 2,7: De spirituali monasterio quod in corde suo constituit* (alegoría, muy común en la literatura del tiempo, para la cual Dios es el abad y a cada oficial en el monasterio corresponde una virtud).

14 *Vita 2,9: De orto fructifero cordis sui* (alegoría sobre el trabajo incesante de la tierra del corazón por medio de la vigilancia y el ejercicio de la virtud).

15 *Vita 2,10, n°122: nobilis illa superbia- subtilitas et acumen ingenii- naturalis simplicitas- innata severitas, n°123 generositas, habilitas, affabilitas...*

16 *Vita 1: De ortu eius et de moribus et vita venerabilis Bartholomei patris eius.*

Gertrudis muere en 1207, dejando a Beatriz en su séptimo año de edad. Su padre la confía al cuidado de las Beguinas de Léau (Zoutleeuw) mientras sigue el curso de las artes liberales, posiblemente en una escuela latina pública, remarcable, cercana al monasterio. Es el primer contacto de Beatriz con el mundo beguinal. Ella misma nos deja el testimonio de su amor sincero principalmente para la maestra, que le viene asignada como instructora, y para todas las hermanas, a las cuales la liga un afecto más profundo que el que experimenta hacia su propia familia. No obstante, vuelve a su casa después de un año, sin haber terminado sus estudios.

Algún tiempo después entra como oblata en la abadía cisterciense de Florival,¹⁷ en Bloemendaal (Wavre), donde continúa con el programa completo de estudios (termina el "trivium", que comprendía gramática, retórica y dialéctica; y sigue con el "quadrivium", que comprendía música, aritmética, geometría y astronomía). Sus dos hermanas Cristina y Sybilla entrarán en la misma comunidad, al igual que Bartolomé y su otro hijo varón, Wicbertus, estos últimos como hermanos legos.¹⁸

Es en estos años que Beatriz se entrega, juntamente, al empeño por el estudio y al esfuerzo de una observancia íntegra de la vida cisterciense, que estaba prudentemente prohibida a las jóvenes oblatas. Busca para esto el apoyo de una pequeña amiga, que ha elegido por su gran devoción y celo por la virtud, para que puedan estimularse una a otra con la palabra y el ejemplo, desde el rezo de las vigilias a escondidas, junto con la comunidad, fuera de la puerta cerrada de la capilla, a la meditación de las virtudes monásticas, a las penitencias. Desde ese instante notamos el lugar que la amistad espiritual ocupará a lo largo de la vida de Beatriz, como sostén de su don absoluto y sin límites al amor de Dios.

A las penitencias corporales está dedicado por entero el quinto capítulo del primer libro de la *Vita*. La flagelación desde la planta de los pies hasta el pecho con ramos de espinas, las genuflexiones en la nieve con las rodillas desnudas, los varios cilicios de cuerdas con nudos y espinas que llevaba, uno sobre otro, en todo su cuerpo, la cama totalmente esparcida de hojas puntiagudas, y a veces la piedra por almohada o el mismo suelo por colchón nos dan una pálida idea de la sed de sufrimiento que la poseía, desde niña, para unirse a la Pasión de Aquel que apasionadamente amaba. Conocemos aquí su voluntad de acero y la generosidad sin límites de su alma, en el deseo de seguir los pasos del Amado. Por cierto podríamos tener que Beatriz exageró en estas formas de penitencia. Nos viene, sin embargo, a la mente el mismo Bernardo, que confiesa personalmente sus exageraciones, desaconsejando a otros seguir su ejemplo, y por otro lado... ¿podremos nosotros entender la sed de sufrimiento que mueve el alma de los santos?

A los quince años Beatriz, después de haberlo largamente esperado y deseado, no obstante las reticencias de la abadesa y de la comunidad por su tierna edad y la fragilidad de su salud, recibe el hábito cisterciense el 16 de Abril, Jueves Santo de 1215 y después de un año hace su profesión. En 1217 es enviada al convento de La Ramée, para aprender el arte de la caligrafía y de la miniatura, seguramente por su conocimiento del latín y sus capacidades artísticas, en vista de las copias de los libros de coro. En la Ramée, donde permanecerá un año, se encontrará con otra juniora, Ida, un poco más madura que ella y más adelantada en los caminos del espíritu. Ida había vivido desde los nueve años con las beguinas de Nivelles, su ciudad natal, antes de entrar, a los dieciséis años, en la vida cisterciense. Las dos estipulan un pacto de amistad indisoluble sobre la tierra, que será vehículo de la actuación de los designios del Señor. Ida conoce, por una revelación del Espíritu Santo, que el Señor ha

17 "Abadía benedictina fundada probablemente en 1096 al sudeste de Lovaina, que pasó a la reforma de Cîteaux en 1218", traducido desde Simone Roisin *L'hagiographie cistercienne dans le diocèse de Liège au XIII siècle* (Lovaina 1947) pag. 61 nota 1. Esta noticia desdice, entonces, la *Vita* que atribuye a Bartolomé la fundación de tres monasterios cistercienses, comenzando por Florival.

18 "Vemos constituirse en la Orden cisterciense una nueva categoría de miembros, monjes y hermanos legos de los monasterios femeninos, totalmente semejante a los de los monasterios masculinos, pero sin haber sido reclutados de entre ellos... entraban directamente a la abadía de monjas que elegían y, después de un año de prueba, hacían votos de obediencia, castidad y pobreza voluntarias en las manos de la Abadesa..." (Traducido de Simone Roisin "L'efflorescence cistercienne..." art. cit. pag. 367).

elegido a Beatriz como su esposa privilegiada y le predice su primera experiencia visionaria, que tendrá en la Ramée, en la octava de Navidad, durante el oficio de completas. Después de su vuelta a Florival, Beatriz quedará en contacto con Ida, a la cual pedirá consejo en los momentos de prueba, hasta el año de la muerte de la amiga (+ en 1231 ó 1232, a los 32 años)¹⁹.

En el 1221 pasará a fundar, con su padre, su hermano, sus hermanas y algunas otras monjas, el monasterio de Val-de-Vierges (Maagdendaal) cerca de Oplinter, donde emitirá sus votos solemnes en 1225. Son los años en que se va gestando su madurez espiritual. Al empeño, sin tregua ni límites, del don total a Dios y a las hermanas, a través de todos los medios monásticos y, de entre ellos, el más privilegiado, el trabajo del conocimiento de sí misma, siguen tres años de purificaciones pasivas, mucho más tremendas que las penitencias voluntarias de su infancia y adolescencia. Beatriz conocerá, con todo tipo de tentación, el sentimiento del abandono de Dios hasta el borde de la desesperación, de la locura, de la pérdida de la fe. Las Sagradas Escrituras y la Eucaristía serán su único refugio, hasta cuando le plazca al Señor liberarla de la prueba. Entonces, en un éxtasis, la elevará hasta su misma presencia, en el coro de los serafines ardientes, donde ve, así nos dice la *Vita*, la esencia divina en la plenitud de su gloria²⁰.

Así termina el segundo libro de la *Vita*, pero no su trabajo en la tierra. Desde el 1236 la encontramos en Nazareth, el último monasterio que, una vez más, fundará con su familia. Como ya anticipamos, sus memorias autobiográficas llegaban hasta este momento. Y, como hemos visto, su experiencia extática y visionaria había alcanzado ya su máxima cumbre. De hecho, de esta segunda mitad de su vida el biógrafo nos relata solamente dos visiones. Beatriz ha tenido siempre una salud muy delicada. A menudo estaba enferma, las grandes gracias místicas tuvieron fuertes repercusiones sobre su cuerpo. De estas últimas se ha estudiado incluso la raíz psicológica. Era también dulce, tímida, con tendencia a angustiarse si le parecía no haber hecho todo cuanto estaba en su poder, teniendo al mismo tiempo una voluntad indomable para conseguir cuanto se proponía. En Nazareth, donde por más de treinta años servirá a la comunidad como maestra de novicias y segunda superiora, desde el mes de julio de 1237 hasta el 1268, año de su muerte, le viene concedido el tiempo de amar. Aquí Beatriz repensará toda su vida. Podrá entonces expresar, de manera magistral, su propia síntesis, regalándonos ese admirable *canto lírico del amor místico*²¹, como bellamente el Padre Mikkers ha definido su pequeño tratado de *las siete maneras del santo amor de Dios*.

Muere el 29 de Agosto de 1268 y es sepultada en el claustro, entre el capítulo y la Iglesia; lo que entonces indicaba la beatificación.

C. La obra.

La única obra original que poseemos de Beatriz es un pequeño tratado místico, escrito en prosa lírica, en medio neerlandés. Posiblemente fue escrito o llevado a término hacia el año 1250, en Nazareth. Es el más antiguo escrito en lengua vernácula, que conocemos, el cual describe la ascensión del alma, por el amor, hacia la unión con Dios. Su gran importancia se comprende aún más por situarse al comienzo del siglo XIII, en los orígenes de la literatura mística flamenca, influenciando directamente la mística posterior renano-flamenca, en las obras mismas de Maestro Eckhart y Ruusbroec el Admirable²².

19 cf. Simone Roisin, *L'hagiographie...*, obra citada, pag.54.

20 *Vita* 2,19, n°173: *Ibi divinam essentiam in plenitudine glorie sue, perfectissimeque maiestatis sue potentia, continentem omnia, gubernantem universa, disponentem singula, clara contemplationis acie, si fas est dicere, videre promeruit.*

21 Expresión usada por Edmond Mikkers, art. "Robert de Molesmes", en *Dictionnaire de Spiritualité* 13 (1988), col. 736-814.

22 cf. J. Van Mierlo, art. "Beatrice de Nazareth", en *Dictionnaire de Spiritualité* 1 (1937), col. 1310-1314.

Lo encontramos, sintetizado en latín, en el libro tercero de la *Vita*, con el título *De septem modis sancti amoris*. Es a partir de este resumen, que el Padre L. Reypens, en el año 1925, pudo identificar como obra de Beatriz el pequeño tratado en thiois *Van seven manieren van heileger minnen*²³, perdido en una colección de sermones y textos espirituales del año 1330, titulada *Sermones limburgueses* y redescubierta, esta misma, solamente en el año 1895.

Beatriz se sitúa en la tradición espiritual del norte de la Francia²⁴ y la visión del amor que le es propia. Dos citas de la I carta de S. Juan la caracterizan: *Caritas ex Deo est* (4,7), el amor viene de Dios: en el amor, un acontecimiento que concierne a la razón, la afectividad y la voluntad, Dios mismo es activo. *Deus caritas est* (4,8), Dios es amor: el amor es entendido como medio por el cual Dios se manifiesta a y en el hombre, y a quien el hombre puede contestar. La categoría del amor prima sobre la del ser. La sustancia de toda comprensión verdadera es el amor.

Las siete maneras del santo amor de Dios nos entregan la síntesis madura de todo lo que Beatriz ha vivido. Hay una correspondencia sorprendente entre la *Vita* y la pequeña obra. Ella, en Nazareth, relee toda su vida a la luz del amor y la reconoce en una sola palabra, la *minne*²⁵.

La experiencia humana y la realidad divina se juntan en el concepto *minne*. El amor de Dios - de quien Beatriz habla - es su amor por Dios, en el cual, paradójicamente, Dios mismo se da a conocer. Hacer esto evidente siete veces es su fin y su tarea.

Con su título, subtítulo y siete capítulos perfectamente estructurados²⁶, el tratado nos ofrece una prosa de belleza singular. Su estilo es sobrio y sus frases muy elegantes; su exposición neta y clara; la prosa es dulce y ágil, con lindas asonancias y rimas muy naturales. La autora posee una inteligencia excepcional, logra expresar magistralmente, en el plano de la forma y del pensamiento, sus experiencias místicas extraordinarias y, por esto mismo, difícilmente comunicables a otros. El tratado es muy sintético, cada palabra tiene su peso y su valor, no podemos descuidar ninguna. Nosotros quisiéramos solamente seguirla, manera tras manera, dejándonos seducir por su mensaje, a través de la belleza literaria del texto, que, más que toda otra cosa, expresa la belleza de su alma y es testimonio de su búsqueda absoluta del amor²⁷.

Como en estas mismas páginas de CISTERCIUM se ofrece el tratado, y aunque habíamos preparado una traducción del texto y un breve comentario, prescindimos de añadirlo aquí.

Conclusión.

23 Poseemos el texto original en tres manuscritos: el n. 70 E 5 de la Biblioteca real de La Haye, escrito en dialecto de Limburgo en 1400; el n. 15.258 de la Biblioteca del Estado de Viena, escrito en dialecto brabantón en 1450; y el n. 3067-3073 de la biblioteca real de Bruselas, escrito también en dialecto brabantón en 1350. Este último parece estar más cerca del original de Beatriz por fecha y por lenguaje. (cf.: *Van seven manieren van heileger minnen*, uitgegeven naar het Brusselse handschrift, ed. H.W.J. Vekeman y J.J.Th.M. Tersteeg, Zutphen, N.V.W.J. Thieme & Cie, 1970, introducción pag. 28-30).

24 Sus fuentes principales: san Bernardo, Guillermo de St Thierry, los Victorinos. Para una visión más amplia de la línea en que se inserta la mística y la teología de Beatriz, cf. L. Reypens, "Dieu (Connaissance mystique)", en *Dictionnaire de Spiritualité* 3 (1957), col. 883-929.

25 "Minne (femenino) palabra común al medio neerlandés y al alemán, está vinculada etimológicamente al latín *memini*, *mens*, al inglés *mind*, etc.; es originariamente el pensamiento (viviente en uno) de la persona amada. Los *Minnesingers* habían tomado la noción, ya personificada, de los trovadores", traducido de J.-B. M. Porion, *Hadewijch Lettres Spirituelles Béatrice de Nazareth Sept Degrés d'amour* (Genève: Claude Martingay, 1972), introducción pag. 19, nota 14.

26 Cada manera de amor presenta, al comienzo, unas líneas de introducción, que la sintetizan brevemente; al final, una conclusión que retoma el comienzo. Cada manera anuncia el tema de la siguiente.

27 Trasladamos el comentario de los modos de amor de la autora de este artículo a la presentación y traducción del tratado, directamente del neerlandés y por Ana María Schlüter Rodes que hacemos en este mismo número de CISTERCIUM (*N. De la Dirección*).

Quisiera concluir, con unas palabras del profesor Herman Vekeman²⁸, que resumen incisivamente lo que venimos diciendo hasta ahora: "Dios está presente sobre la tierra como amor de Dios: la tierra es, entonces, el tiempo del amor, el cielo es el sin tiempo del Bienamado".

¡Ojalá! esta zambullida en la vida y obra de Beatriz y en las aguas de la *Minnemystik*, la mística del amor, nos ayude a enfrentar nuestro propio tiempo, que, de varias maneras, y muchos lo afirman, está postulando un retorno a las profundidades de la vida mística. El amor de Cristo, testimoniado hasta el derramamiento de la sangre, en el martirio de tantos hermanos nuestros, nos muestra, si queremos entenderlo, que ya estamos en él.

Liliana Schiano Moriello, ocs.
Monasterio Cisterciense de
Ntra. Sra de Quilvo (Chile).

²⁸ Conocí a Beatriz por primera vez en 1989, con ocasión de una sesión de estudios, en nuestro monasterio de Chambarand, en una magistral presentación realizada por el profesor Herman Vekeman. Es principalmente en esta última, que me he inspirado, para la interpretación de la persona y de la obra de Beatriz, en este artículo.